

celino y Federico rivalizaban en ferocidad; multitud de prisioneros eran asesinados diariamente por el implacable vencedor; á otros se les ponía en libertad despues de haberles mutilado horrorosamente. Los partidarios de Federico se cansaron por fin: miraban con horror el que este príncipe reemplazara su guardia alemana por una guardia musulmana, y que entregara los cristianos al furor de una soldadesca infiel. Abandonado de todos, y vendido hasta por sus mas adictos partidarios, pagò cruelmente la pena de su ingratitud para con la Santa-Sede, y murió de tristeza en un rincón de Italia. (1250)

De este modo se gastó en deplorables contiendas un reynado que de otra parte hubiera podido ser glorioso para la Alemania y para la Europa entera. Federico muy superior por sus miras políticas y por sus luces á la mayor parte de los príncipes contemporáneos, era amante de las artes y de las ciencias, hablaba con facilidad muchos idiomas, y se complacia en reunir en su corte á los sabios de todos los países; fundó bibliotecas y universidades, y favoreció con todo su poder la civilización naciente. Mas todos sus esfuerzos quedaron estériles, y sus obras no le sobrevivieron. La Europa cristiana de la edad media no podía mancomunarse con un rey impio cuyas costumbres y creencias hubieran parecido mejor colocadas en un trono musulmán.

## CAPÍTULO XII.

## HISTORIA DE LAS CRUZADAS.

## SUMARIO.

- § I. Estado de la Europa en la época de la primera cruzada. — Pujanza del feudalismo. — Estado del Oriente. — Decadencia del imperio griego el cual pide socorro al Occidente. — Opresión de los cristianos en Oriente bajo el poder de los Seldjukidas y de los Fatimitas.
- § II. Pedro el Hermitaño. — Urbano II. — Concilio de Clermont. — Primera cruzada. — Toma de Nicea. — Batalla de Dorilea. — Principados de Antioquía y de Edesa. — Toma de Jerusalem. — Godofredo de Bullon, rey de Jerusalem. — Organización del nuevo reyno. — De los órdenes de caballería. — Sucesores de Godofredo de Bullon. — Nurheddino.
- San Bernardo predica la segunda cruzada, emprendida por el emperador Conrado y Luis VII de Francia. — Reveses en el Asia Menor. — Saladino. — Batalla de Tiberiades. — Toma de Jerusalem.
- § III. Tercera cruzada. — Federico Barbarroja muere en Sicilia. — Felipe Augusto y Ricardo Corazón de Leon. — Sus desavenencias. — Regreso del rey de Francia. — Inútiles hazañas, regreso y cautiverio de Ricardo. — Reino de Chipre.
- § IV. Cuarta cruzada distraída de su objeto. — Influencia de los Venecianos. — Toma de Zara. — Fundación del imperio latino de Constantinopla. — Subdivisión del Oriente. — Venecia coge el principal fruto de la cruzada. — Decadencia y caída del imperio latino.
- Cruzada de niños. — Quinta y sexta cruzadas emprendidas por los príncipes alemanes. — Federico II en Palestina. — Su política con respecto á los Musulmanes.
- § V. Invasión de los Mogoles. — Gengis-Khan. — Los Howaresmianos son repelidos hacia la Palestina. — El sultan de Egipto se hace dueño de Jerusalem. — Séptima cruzada emprendida por san Luis y dirigida contra el Egipto. — Prósperos sucesos, reveses, y cautiverio del santo rey. — Organiza la defensa de las ciudades cristianas de la Siria. — El Viejo de la montaña.
- Octava cruzada en Africa. — Muerte de san Luis al pié de los muros de Túnez. — Tratado concluido por Carlos de Anjou.
- § VI. Resultados políticos, comerciales, industriales y literarios de las cruzadas.

§ I. ESTADO DE LA EUROPA EN LA EPOCA DE LA PRIMERA CRUZADA.—ESTADO DEL ORIENTE.

Al final del siglo undécimo, la Europa se hallaba al parecer maravillosamente preparada para algun movimiento en el exterior. Las naciones todavía mal organizadas, incapaces de ser contenidas ni dirigidas por el poder real, agitábanse inquietas bajo la opresion feudal. Victoriosa la influencia pontificia en su lucha con el imperio, ofrecia á los pueblos un centro común, y fortificada por su propia seguridad, podía ponerlos en movimiento á su arbitrio. Habia interrumpido á lo menos por algun tiempo las grandes guerras nacionales y realizado en una esfera superior, á pesar de la infinita division de nacionalidades, intereses y costumbres, la grande unidad cristiana que facilmente podia alterarse bajo la inspiracion del pensamiento religioso que la habia constituido. La aristocracia feudal, despedazada constantemente por esas guerras particulares que desolaban sin resultado alguno las provincias y los reynos, solo esperaba una ocasion favorable para emplear su turbulenta actividad en expediciones mas grandiosas.

Sin embargo algunos pueblos tenian su cruzada en el interior y no debian seguir el impulso general. La España habia de defender el occidente de Europa contra el islamismo: los Almoravides llegaban del Africa; pero á su vista Enrique de Borgoña erigia el reyno de Portugal (1094). Alfonso VI de Castilla y D. Pedro de Aragon estendian sus fronteras, y el *Cid Campeador*, ese héroe de la España cristiana, conquistaba á Valencia y fundaba en ella un principado independiente. En el otro extremo de Europa, entre los pueblos eslavones y escandinavos, se sostenia una encarnizada lucha entre el cristianismo y la idolatria, cuyo término estaba todavía lejano. La Rusia era víctima de continuas discordias. Los cristianos de Polonia peleaban sin descanso contra los habitantes paganos de la Prusia, á los cuales habian de someter mas adelante los caballeros teutones. En Suecia, en Dinamarca y en Noruega, medio convertidas, la lucha era de provincia á provincia, entre el rey y el pueblo; y en la época de la primera cruzada (1095), Erico, el me-

yor rey de Dinamarca, solo pudo emprender una estéril peregrinacion, mientras que en Suecia *Ingo* el bueno reducia á pavesas el templo pagano de Upsal y derribaba los idolos.

En la Europa central no podia resonar en vano la voz de los soberanos pontifices. La Alemania, conmovida todavía por las prolongadas guerras que sus principes habian sostenido contra la Santa-Sede, y por la rivalidad meramente politica de los Guelfos y Gibelinos, debia asociarse lentamente al fervor general. Mas en Francia el poder feudal se desarrollaba con toda su energia bajo el reynado del indolente Felipe 1.º y se hallaba muy dispuesto á tentar un grande esfuerzo; en Inglaterra los Normandos habian introducido con Guillermo aquel genio belicoso y aventurero que habia de conducir á uno de los hijos del conquistador á la Tierra-Santa. Los Normandos de Italia cuyas prodigiosas hazañas acababan de crear tres nuevos principados, enviaban ya sus fuerzas contra las provincias meridionales de la Grecia.

En Oriente todo era decadencia ó division. Alejo Comneno, estrechado á un tiempo por el normando Roberto Guiscardo y por las tropas del turco Malek-Schah, desconfiaba de poder prolongar por sí solo la resistencia. A pesar de la division del imperio de los Seldjukidas en cuatro sultanias á la muerte de Malek-Schah, la invasion musulmana se aprocsimaba cada dia mas á la Europa. El emperador griego dirigió sus *lamentables súplicas* al Occidente, y llamó á todos los pueblos á la defensa del cristianismo y de la humanidad.

Por otra parte los pueblos occidentales tenian que vengar injurias personales. Desde los primeros siglos del cristianismo, existia entre los fieles la santa costumbre de ir á visitar los lugares que habian sido cuna de la religion cristiana. «Parecia que estaba prometida la benediction del cielo á los que visitaban el calvario y el sepulcro de Jesucristo, y renovaban el bautismo en las aguas del Jordan.» Despues que en el reynado de Constantino la piedad de Elena hubo levantado magnificas iglesias en el Gólgota y en Belen, multiplicáronse las peregrinaciones, y no se interrumpieron ni aun en la desastrosa época de las invasiones: los bárbaros respetaban la cruz y el

bordon de los humildes romeros. Cuando la Judea junto con la Siria hubieron caído en poder de los musulmanes, los cristianos continuaron gozando de alguna seguridad, al menos durante el brillante período del califato; pero en la decadencia del imperio musulmán, una horrible tiranía reemplazó la tolerancia de los primeros califas. Viéronse los fieles agoviados de vejaciones y sujetos á pagar enormes tributos. Erán tratados como esclavos, y llevaban un ceñidor de cuero en señal de servidumbre. Mas de una vez les fueron prohibidas las ceremonias de la religión, y las iglesias se convirtieron en establos. En vano algunos monges (1048) reunidos en un convento junto á la iglesia del Sepulcro ofrecían sus piadosos ausilios á los cristianos de Occidente: impotente era el celo de los *Hermanos hospitalarios de San Juan de Jerusalem* contra el odio de los infieles. Los peregrinos que osaban arrostrar las persecuciones volvían frecuentemente despojados por los Sarracenos y llorando los males de la ciudad santa, que llegaron á su colmo con la conquista de Jerusalem efectuada por los Turcos Seldjukidas (1086). Gregorio VII llamó á los fieles para libertar á los lugares santos; pero su voz se perdió entre las contiendas del Occidente. Sin embargo la opresion se hacia cada día mas intolerable en Palestina. Los cristianos eran arrojados en los calabozos con sus sacerdotes y obispos; muchos peregrinos morían asesinados antes de llegar á Jerusalem. La caída de la ciudad santa en poder de los Fatimitas (1094) vino á entregar á los cristianos á la venganza de un vencedor irritado.

#### § II FUNDACION DE UN REINO CRISTIANO EN JERUSALEN.

Un pobre hermitaño llamado *Pedro*, preséntase por fin al papa Urbano II, y le cuenta como en Oriente ha visto profanados los santos lugares; como ha derramado lágrimas con el patriarca de Jerusalem; y con los piés descalzos y empuñando un crucifijo cruza los Alpes para ir al Occidente á repetir la narracion de los sufrimientos de sus hermanos. Al mismo tiempo, Alejo Comneno, emperador de Oriente, solicitaba del papa con instancia el ausilio de la cristiandad. Reúnese una inmensa multitud en el con-

lio de Clermont (1095). Renuévase la *tregua de Dios* para pensar únicamente en la guerra santa; la voz de Urbano y la de Pedro excitaron el entusiasmo general: *Es la voluntad de Dios!* esclama la numerosa asamblea. El obispo de Puy es el primero que recibe la cruz de manos del papa, y todos adornan sus vestidos con este sagrado signo, jurando libertar el santo sepulcro.

Sin esperar la época que habia fijado Urbano, emprendió la marcha el primer trozo de cruzados indisciplinados. Hombres, mugeres y niños, marchaban juntos hacia el Oriente, sin armas, sin provisiones y sin otro jefe que Pedro el hermitaño y un pobre gentil hombre llamado Gautier Sans-Avoir. Obligados á entregarse al pillage para subsistir, la mayor parte de ellos fueron muertos en Hungría ó en el Asia-Menor. Mas su desgraciada suerte no desanimó á los fieles: púsose luego en marcha un numeroso ejército regular, llevando á su frente á Godofredo de Bullon y á sus hermanos Balduino y Eustaquio, á Raymundo de Tolosa, á Boemundo de Tarento y á su sobrino Tancredo, y á otros muchos señores. Ningun rey se puso al frente de este movimiento de la Europa. El poder se hallaba enteramente en manos de la aristocracia feudal.

A la apromocion de tan temibles ausiliares, tembló el emperador Alejo por sus propios estados, y apresurose á proporcionarles buques para atravesar el Bósforo. Seiscientos mil cruzados pasaron al Asia-Menor, donde hallaron á Pedro el hermitaño que habia escapado del desastre ocurrido á los suyos.

La primera hazaña de los cristianos fue la toma de Nicea; pero en el momento mismo en que iban á entrar en la ciudad, esta fue entregada al emperador Alejo, quien receloso casi al igual del poder de los cruzados como del de los Turcos, empezaba á emplear medios muy odiosos para perder á los que habian acudido á ausiliarle. Así fue que tuvieron que salvar mil obstáculos y peligros, fruto de la alianza de Alejo, para alcanzar el ejército del sultan de Rum, cerca de *Dorilea*. Sorprendido el ejército de los cruzados por un avance imprevisto, se desordenó al pronto; mas rehizose luego al grito de *Es la voluntad de Dios*, y el indomable valor de los caballeros triunfó de

la multitud infiel. Mientras que Balduino va á fundar en Edesa un principado cristiano, los vencedores ponen sitio á Antioquia. Hallábanse ya reducidos á solos cien mil combatientes; la peste, el hambre y sus propias disenciones les diezmaron nuevamente al pié de los muros de la pujante capital de la Siria. En fin un renegado abrió á Boemundo las puertas de la ciudad; cuando llegó el ejército de los sultanes de Alepo y de Damasco fue destrozado; y Boemundo quedó dueño de Antioquia, estendiendo rápidamente su dominacion sobre las comarcas limítrofes. Continuaba avanzando el ejército de los cruzados; en 1099, llegó á Jerusalem, si bien extenuado por los combates y enfermedades, entusiasmado y sin embargo animoso. Despues de una solemne procesion al rededor de las murallas de la ciudad, semejante á la de Josué en torno de Jericó, un brillante asalto hizo á los cristianos dueños de Jerusalem; mas la horrorosa carniceria que siguió al asalto deshonoró el triunfo de los soldados de la cruz.

*Godofredo de Bullon*, cuyas virtudes y valor admiraba todo el ejército, fue elegido por rey de Jerusalem: negóse á ceñir una corona de oro en la ciudad en que el Salvador del mundo habia sido coronado de espinas, y tomó solamente el título de baron del Santo-Sepulcro. Godofredo afianzó su naciente dominacion con la batallaba de Ascalon, en que sucumbieron los ejércitos de Bagdad, de Damasco y de Egipto reunidos contra su comun enemigo. Las hazañas de Tancredo, el mas valiente de los caballeros cristianos, redondearon la conquista de la Judea. Al mismo tiempo Godofredo se ocupaba en constituir un gobierno: el código de las *assisas de Jerusalem* introdujo en Asia el sistema feudal; el rey tuvo vasallos y sub-vasallos. Los condados de Edesa y de Trípoli, y los principados de Antioquia y Galilea, constituyeron los grandes feudos del nuevo reyno. Un *tribunal supremo*, presidido por el rey, juzgó de las causas de los señores; y para las de los hombres del estado llano habia un tribunal inferior. Establecióse para los indígenas un tribunal sirio. Muchas ciudades obtuvieron privilegios municipales y cuidaron por si mismas de su administracion. Los caballeros que en Europa se consagraban á la proteccion de los débiles y de los oprimidos, se dedicaron en Oriente á

la defensa de la fe y á la destruccion de los infieles: Los hermanos hospitalarios, establecidos al principio para cuidar de los peregrinos, empuñaron las armas en defensa del nuevo reyno y se hicieron caballeros de *San-Juan*. Poco despues (1118) se fundó la célebre orden de los caballeros del *Temple*, que se obligaban á ser los primeros de entrar en combate y los últimos en retirarse; al final del siglo duodécimo (1190) se creó otra orden, llamada de caballeros *Teutones*, quienes merced á sus hazañas, fueron el terror de los musulmanes y el mas firme apoyo del poder de los cristianos en Oriente.

Godofredo falleció un año despues de la conquista de Jerusalem (1100), y le reemplazó su hermano *Balduino*. En el Reynado de este príncipe, y en el de su sucesor *Balduino II* (1118-1131), lleváronse adelante los progresos de los cruzados, no obstante la derrota y cautiverio del valiente Boemundo de Antioquia y la rápida decadencia de su principado. La toma de San-Juan de Acre, de Beryt y de Sidon, efectuada por Balduino 1.º, y la de Tiro, atacada á un tiempo por las naves venecianas y por los soldados de Balduino II, estendieron la dominacion de los cristianos sobre las costas del Mediterráneo. A favor de las contiendas que llevaban divididos á los príncipes infieles, alcanzó *Foulques de Anjou* (1131-1142) algunas ventajas, y salvó á Damasco con el auxilio de los Griegos, que por primera vez eran aliados sinceros de los cristianos ortodoxos; mas la muerte de este príncipe puso fin á la prosperidad del reyno de Jerusalem. Apenas habia ceñido la corona el joven Balduino III (1142-1162), cuando las conquistas de Zenghi, que habia reunido bajo su dominio muchas sultanias turcas, y los triunfos de su hijo *Nureddhino*, todavia mas temible que su padre, conmovieron violentamente el trono de Godofredo. A pesar de la enérgica defensa del anciano Joselin de Courtenay, que herido mortalmente todavia condujo sus soldados á la victoria, Edesa, la capital mas florida de la cristiandad en Oriente, cayó en poder de los infieles. Los cristianos dieron una voz de alarma que resonó hasta en Europa.

El ilustre S. Bernardo tomó á pechos predicar una nueva cruzada. En la asamblea de Vezeiay (1147) hizo tomar la cruz al rey Luis VII, en reparacion de la mortandad de

Vitry, y á pesar de los consejos del prudente Suger, abate de S. Dionisio; siguieron su ejemplo multitud de señores. Subió á tal punto el entusiasmo que S. Bernardo hizo giras de sus vestidos para dar cruces á todos los que querian alistarse bajo el estandarte santo. El emperador Conrado, movido por la elocuencia del abate de Claraval, recibió de manos de este un guion bendecido, y juró ir á donde le llamaba la voluntad del cielo. Fue el primero en partir, pero cuando se le reunió el rey de Francia cerca de Nicea, su ejército estaba ya medio destruido por las traiciones de Manuel Comneno, emperador de Oriente. Desgraciadamente la escision que estalló entre los gefes hizo abortar todos los proyectos. El jóven Luis estuvo á pique de perecer en los desfiladeros de la Pamfilia; peleó por mucho tiempo solo arrimado de espaldas á una roca, separado á larga distancia de todo su ejército que le creia muerto, y debiendo su salvacion por haber juzgado los enemigos que era un simple soldado. Las fatigas, el hambre y la incesante perfidia de los Griegos, que cerraban sus ciudades á los cruzados, habian diezmando ya el ejército cristiano cuando llegó delante de Damasco. Esta poderosa ciudad, defendida por sus altas murallas y por las fuertes empalizadas que rodeaban sus jardines, fue sitiada sin éxito, y los dos príncipes regresaron luego á Europa sin soldados y sin gloria.

Entre tanto Jerusalem no habia recibido los socorros que imploraba, y Balduino III continuaba luchando con dificultad contra Nureddhino. *Amauri*, sucesor de Balduino, despues de haber emprendido varias expediciones infructuosas contra el Egipto, vió caer este pais en poder de *Saladino*, hijo de Ayub, sucesor de Nureddhino (1174). Habia sonado la última hora para el reino de Jerusalem, Saladino estendió rápidamente su dominacion á pesar de los esfuerzos de *Amauri* y de su sucesor *Balduino IV*. Todavía triunfó la cruz en las llanuras de Ascalon, y Saladino huyó esclamando *que la estrella de la familia de Ayub habia perdido su fulgor* (1176). Mas perdióse el fruto de la victoria por la orgullosa presuncion de los cristianos. Saladino recobró la superioridad, y sus conquistas cercaban ya por todos lados los estados cristianos, cuando el cetro de Godofredo pasó á manos del débil *Guido de Lusignan*. La desgraciada muerte de quinientos caballeros en Gali-

lea fue el preludio de la sangrienta batalla de *Tiberiades* (1187). Los cristianos lucharon con heroismo en esta jornada que iba á decidir de su suerte en Oriente: agrupados al rededor de la verdadera cruz, los caballeros de S. Juan y los del Temple rechazaban todos los ataques: mas Saladino puso fuego á las yerbas de la llanura; rodeados de llamas y de humo los cristianos peleaban á la suerte: ya se introducía el desórden en sus filas, cuando el ver caer la verdadera cruz en manos de los infieles, llenó de consternacion el ánimo de los mas valientes. Guido de Lusignan cayó en poder de los infieles, y los últimos defensores del Santo-Sepulcro quedaron muertos ó prisioneros. Irritado el sultan por la resistencia que encontrara, hizo matar á sangre fria muchos caballeros que estaban prisioneros y sin armas. Jericó, Tolemaida, Cesarea, Jafa y Ascalon la ciudad de los gloriosos recuerdos, abrieron al momento sus puertas al vencedor. Estrechada Jerusalem por todos lados, apenas se defendió algunos dias. Los habitantes compraron su vida á precio de dinero; pero fueron arrojados de la ciudad santa, y todas las iglesias convertidas en mezquitas.

### § III.—LOS CRUZADOS, TOMAN EL CAMINO DEL MAR.

La caída de Jerusalem, que debia haberse previsto desde mucho tiempo antes, causó en Europa una consternacion general. Guillermo, arzobispo de Tiro, que habia sido testigo de este gran desastre, vino á hacer de él la mas triste pintura á los príncipes de Occidente. A su voz, Felipe Augusto de Francia y Ricardo de Inglaterra toman la cruz; establécese en los dos reinos la contribucion del diezmo sobre todas las tierras, sin exceptuar las de la Iglesia (*diezmo saladino*), para sufragar á los gastos de la expedicion. El emperador Federico Barbarroja es el primero que parte para la cruzada con un ejército de cien mil hombres (1189). Siguiendo el camino trazado por los primeros cruzados, atraviesa la Grecia, intimidada al cobarde Isaac Angel, que contrajo alianza con Saladino, y se interna en el Asia-Menor, á pesar de los ataques y traiciones del sultan de Iconio; pero muere bañándose en las aguas heladas del Selef, habiendo perdido la mayor parte de sus tropas, cuyos restos fueron á reunirse con los de-

más cruzados, que estaban al mando de Federico de Suabia, hijo de Barbarroja. Los reyes de Francia y de Inglaterra, mejor instruidos por el ejemplo de las primeras cruzadas, habían evitado los peligros del camino por tierra embarcándose juntos en Marsella. Sepáranse en Sicilia enemistados por la causa de un usurpador, y Felipe desembarca el primero delante de S. Juan de Acre, á la que Lusignan, que habia recobrado la libertad, y Conrado marqués de Tiro, tenían sitiada. Por desgracia reinaban entre todos los gefes profundas divisiones: Conrado y Lusignan se disputaban el estéril título de rey de Jerusalem: Ricardo de Inglaterra habia irritado nuevamente á Felipe casándose con una princesa de Nápoles, en lugar de la hermana del rey de Francia; y mientras que este combatía ya á los infieles, el inglés se habia entretenido en el camino para pelear contra Isaac Comneno, rey de Chipre y quitarle sus estados. El duque Leopoldo de Austria insultado en persona por Ricardo delante de S. Juan de Acre, le juró un odio mortal que algun dia habia de satisfacer. La reconciliacion de estos principes no fue jamás sino aparente. Apenas hubo caído en poder de los cruzados la ciudad de S. Juan de Acre, Felipe Augusto se reembarcó para volver á Francia (1191). Ricardo quedó solo, y mereció el renombre de Corazon de Leon por sus hazañas dignas de los héroes fabulosos. Los cristianos le apellidaban Alejandro, Aquiles, Judas Macabeo: ningun Sarraceno osaba hacerle frente. Un dia acomete con la lanza en ristre á sesenta mil musulmanes sin que ni uno solo osara aceptar el combate. Las mugeres árabes para asustar á sus hijos les amenazaban con el rey Ricardo como hubieran podido hacerlo con un espantajo. Sin embargo este principe no pudo adquirir mas que un brillante, pero vano renombre; estenuose luego su ejército en una multitud de combates sin resultado, y no pudo recobrar á Jerusalem: divisola no obstante persiguiendo á los Sarracenos hasta las alturas de Emmaús; mas desvió de la ciudad los ojos arrasados en lágrimas, diciendo: «Indigno es de ver la ciudad santa el que no es capaz de conquistarla.» Propuso á Saladino abandonar la Palestina si le devolvian la ciudad santa y la verdadera cruz. Negose Saladino á la demanda, y ea un consejo de veinte barones y caballeros se decidió alejarse de Jerusalem. Ricardo se reembarcó habien-

do firmado con el sultan una simple tregua; y obtenido que los cristianos pudiesen visitar libremente los lugares santos. A su regreso, arrojado por una tempestad á los estados del duque de Austria, el héroe de la cristiandad hubo de caer en manos de su enemigo, y sufrir en una prision desconocida por mucho tiempo, un triste y duro cautiverio.

Ricardo habia vendido anteriormente el reyno de Chipre el antiguo rey de Jerusalem, Guido de Lusignan. Desde entonces el vencido de Tiberiade no se cuidó mas de la ciudad santa: dióse el título de rey de Jerusalem al conde Enrique de Champaña, y la familia de Lusignan reynó trescientos años en el pequeño reyno de Chipre, al abrigo de las revoluciones que agitaron el Asia entera.

#### § IV. IMPORTANCIA DE VENECIA EN LA CUARTA CRUZADA.— IMPERIO DE LOS FRANCO EN CONSTANTINOPLA.

Los desastres que acababan de esperimentarse empezaban á entibiar el celo por las guerras santas.

No obstante, á la muerte de Saladino, su hermano Malek-Adel, tan valiente, hábil y emprendedor como aquel, amenazaba nuevamente á los últimos restos del imperio cristiano de Oriente. Un ejército compuesto de Alemanes y Húngaros (1195-1197), enviado á la Palestina, contuvo momentáneamente los progresos de aquel; mas necesitábase de mayor esfuerzo. El papa Inocencio III, digno sucesor de Gregorio VII y de Urbano II, reanimó el ardor de los cristianos, y llamó á toda la Europa á una nueva cruzada, la que predicó Foulques de Neully. Los señores de Champaña y Flandes tomaron la cruz y se pusieron á las órdenes de Bonifacio de Montferrato y del conde Balduino de Flandes. Pidiéronse á los Venecianos buques para trasportar el ejército á la Palestina.

Habiase ya alterado paulatinamente el primitivo carácter de las cruzadas; al entusiasmo relijioso, que fué el único móvil de las dos primeras cruzadas, habiale sucedido en la tercera el deseo caballeresco de adquirir gloria. Muéstranse en lo sucesivo otras inspiraciones menos nobles. La ambicion y la codicia empiezan á explotar en provecho propio esas heroicas espediciones. Venecia, cuyo comercio empezaba á estenderse por el litoral del Me-

diterráneo, y cuyos comerciantes codiciaban los ricos productos del Oriente, creyó que era llegada la ocasión de realizar sus esperanzas al ver á los embajadores de los cruzados que le pedían en tono de súplica la asistencia de sus buques. El dux Enrique Dandolo les concedió una armada mediante una enorme suma que los cruzados no pudieron pagar. Propúsoles que desquitasen su deuda ayudando á la república á recobrar la ciudad de Zara, de la cual se habia apoderado el rey de Hungría. Distraída de su objeto la cruzada por la política de Venecia, no hubo ya de lograrlo jamás. A pesar de las reiteradas representaciones de Inocencio III, los ruegos de Isaac Anjel, derribado del trono de Constantinopla por su hermano Alejo, y principalmente las diestras insinuaciones de los Venecianos, determinaron á los cruzados á intervenir en los asuntos del imperio de Oriente. Presentáronse delante del Bósforo los buques venecianos, y los doscientos mil soldados que defendían la capital del degenerado imperio no pudieron resistir al ataque de los cristianos (1203). El usurpador fue derribado; Isaac, preso y privado de la vista, fue restablecido en el trono con su hijo Alejo; y los cruzados se dispusieron al fin á marchar á la Tierra-Santa. Pero mal se avenían los Griegos con un emperador proclamado por los estrangeros, quien refugiado sin cesar entre ellos, trocaba la corona por el gorro de lana de los marineros venecianos. La noticia del asesinato de Alejo, ahogado por Ducas Murzulfo, llamó los cruzados á la venganza, y Constantinopla fue tomada despues de dos asaltos (1204).

Los gefes de los vencedores se repartieron la conquista. Balduino, conde de Flandes, fue proclamado emperador de Oriente; Bonifacio, marques de Montferrato, rey de Tesalia; el Francés Ville-Hardoin, soberano de Acaja. Los Venecianos que habian conducido la expedicion se hicieron adjudicar la mejor parte de la conquista; obtuvieron la mitad de Constantinopla, las Esporadas, las Cícladas, las costas de la Propóntida y del Ponto-Euxino, la parte marítima de la Tesalia, muchas ciudades en el litoral del mar Egeo, &c.

No todas las posesiones de los Griegos habian caído en poder de los vencedores. Lascaris fundó en el Asia-Menor el imperio de Nicea; Alejo Comneno, el principado de

Trebizona; Miguel-Anjel Comneno se hizo proclamar rey de Tesalia. No tuvieron que esperar mucho tiempo la ruina del imperio latino. Los Genoveses, rivales de los Venecianos, dieron apoyo á los Griegos que habian sido desposeídos. Apenas se hubo establecido Balduino en Constantinopla cuando varios reveses conmovieron su trono. Despues de haber luchado por espacio de cincuenta años contra los esfuerzos de los reyes búlgaros y de los Griegos de Nicea, fue destruido bajo el reynado de Balduino II, por Miguel Paleologo, quien restauró el antiguo imperio de Oriente y fue el gefe de una nueva dinastía (1261).

Entretanto los cristianos no habian recibido auxilio alguno de la cuarta cruzada. Inocencio III, levantó de nuevo su voz tantas veces desoída; y la Europa vió pasmada (1212) un ejército de niños que cruzaba la Francia y se embarcaba en Marsella para la Tierra-Santa; mas fueron hechos prisioneros y vendidos á los infieles. Inocencio III, era infatigable: ofrecía el diezmo de sus rentas y de las de los cardenales para los gastos de la expedicion. En fin los principes cristianos consintieron en volver á empuñar las armas para libertar los lugares santos; pero el éxito no coronó ya mas sus esfuerzos, y en adelante veremos á esas expediciones sin resultados efectivos, terminase con la muerte, en pais estranero, del rey mas grande de Europa.

La quinta y sexta cruzadas tuvieron su origen en Alemania. Apremiado Federico II por las instancias de Inocencio III, su tutor, habia prometido ponerse al frente del ejército de los cruzados; muerto el pontífice, negose, á pesar de sus juramentos, á ir á pelear en Palestina, y en 1217 fue reemplazado por el rey de Hungría, al cual se unieron, Juan de Brienne, rey de Jerusalem, y Hugo de Lusignan, rey de Chipre. Mas apenas se habian presentado los tres principes delante de San-Juan de Acre, Andrés se volvió á sus estados y Hugo murió de repente. Juan de Brienne, sin desalentarse, llevó la guerra al Egipto, siguiendo los consejos de Inocencio III, derrotó á los musulmanes, y hubiera recobrado á Jerusalem, la que le ofrecía el sultan Malek-al-Kamel, á no mediar la obstinacion del legado Pelagio, quien se opuso á que se concluyera tratado alguno con los infieles (1221). Las inundaciones del Nilo obligaron á los cruzados á emprender una

desastrosa retirada. Juan al regresar á Europa, cedió á Federico II la mano de su hija Iolanda con todos sus derechos sobre el reyno de Jerusalem.

Interesado ya Federico en defender la Palestina, y solicitado por otra parte por el sultan Malek-al-Kamel, á quien amenazaba una peligrosa sublevacion, presentóse al fin en Palestina, á pesar de que todavía pesaba sobre él la excomunion que le habia merecido su retardo. Por medio de un trado con Al-Kamel obtuvo la devolucion de Jerusalem; pero consintió en dejar una mezquita en medio de la ciudad santa, cuya concesion eccitó la mas viva indignacion entre los caballeros templarios y hospitalarios que habian peleado por Federico: el obispo de Cesarea lanzó un entredicho sobre Jerusalem, y prohibió su entrada á los peregrinos. El emperador entró no obstante con sus barones y se hizo proclamar rey (1229); pero ningun obispo consintió en poner la corona sobre la cabeza del excomulgado: á su aprosimacion los sacerdotes cristianos cubrian las imágenes de los santos en las iglesias; y en todas partes señalaban á Federico como al enemigo de Dios. Vengose haciendo azotar á los hermanos predicadores, y volvió de la cruzada dejando á los cristianos y á los musulmanes igualmente descontentos del resultado de su expedicion.

Un terrible episodio viene á interrumpir momentáneamente la historia de las cruzadas. Mientras que el reducido reyno de Jerusalem, limitado á un corto número de ciudades, subsiste á duras penas en un rincon de Judea, y el imperio de Oriente va á escapar de las manos de los conquistadores latinos, para volver á las de sus antiguos dueños, un terrible sacudimiento trastorna toda el Asia y conmueve la Europa misma, al ímpetu de la mas rápida y formidable invasion de que tal vez tenga memoria el mundo. La nacion de los Hunos, que habia enviado á Atila, diole un digno sucesor en *Tchengis-Khan*.

Los Mogoles, originarios de la raza de los Hunos, vivian en tribus aisladas en la inmensas llanadas del Asia. El joven Temudjin, gefe de una de estas tribus á la edad de trece años, supo descubrir todos los amaños de sus ambiciosos parientes, y con el suplicio de estos preludeó las devastaciones con que habia de consternar al mundo. Todos los Tártaros se le sometieron de grado ó por fuerza

bajo la fe de las promesas de un hermitaño que le habia dado el sobrenombre de Tchengis-Khan: lanzóse el bárbaro á la conquista de toda la tierra (1206), seguido de toda la nacion de los Mogoles, que le juró fidelidad hasta la muerte. Tchengis traspasó la gran muralla de la China, llegó hasta Pekin, y dejando á uno de sus tenientes el cargo de redondear la conquista del imperio chino, revolvió rápidamente hacia el Occidente. El imperio de los Kowaresmianos, que se estendia desde los límites del Turkestan hasta los de la India, quiso contener su devastadora marcha. Tchengis-Khan destruyó los cuatrocientos mil hombres de que se componia el ejército enemigo, tomó por asalto la capital y entró á caballo en la gran mezquita para pisar el Alcoran: todo el pais limitrofe hasta el Indo quedó convertido en un desierto. Ya uno de los hijos del conquistador habia ido á difundir el terror en la Rusia y á fundar la horda de Oro junto al mar Caspio. Tchengis-Khan murió despues de haber recibido presentes de mil príncipes tributarios (1239). Su imperio se estendia en una longitud de mil doscientas leguas; y en espacio tan inmenso señalaron su paso rastros de sangre y fuego.

La invasion no se contuvo con su muerte, sino que se abalanzó enteramente sobre la Europa. La Rusia quedó invadida desde luego: Moscou, Vladimir y Kiev, fueron saqueadas por los Mogoles, cuyas victorias decidieron muy pronto la sumision de toda la Rusia. Las divisiones entre las potencias europeas, agitadas por las contiendas entre el imperio y el pontificado, favorecieron la invasion estrangera. La Polonia fue inundada por el torrente; la Bohemia y la Hungria no pudieron detener á esos feroces conquistadores, que no dejaban tras si mas que ruinas y pavesas. El duque de Silesia que quiso sostener el choque, quedó destruido con todo su ejército, y la Alemania y la Europa entera iban á ser tal vez presa de los Bárbaros, cuando la muerte del hijo de Tchengis-Khan privó de su gefe á los Mogoles, quienes divididos regresaron al Asia (1243).

#### § V.—CRUZADAS DE S. LUIS EN EGIPTO Y EN TÚNEZ.

Aunque la invasion de los Mogoles no habia alcanzado



la Palestina, habia arrinconado contra la Tierra-Santa á las feroces tribus del Kowaresmo, que fugitivas delante de sus vencedores, llevaban igualmente á todas partes la devastacion y la ruina. Con su auxilio el sultan de Egipto se apoderó de Damasco despues de haber tomado á Jerusalem (1249). El santo rey Luis IX, que reinaba en Francia, supo con profundo dolor la desolacion de los lugares santos. Habiendo escapado como por milagro de una enfermedad peligrosa, juró vengar la profanacion del Santo Sepulcro; y á pesar de los ruegos y lágrimas de su madre Blanca de Castilla, tomó la cruz y la dió á sus tres hermanos, Roberto de Artois, Alfonso de Poitiers, y Carlos de Anjou, al señor de Joinville, el fiel y sencillo historiador de la cruzada, á la mayor parte de los señores del reino, y hasta á Margarita de Provenza, digna esposa del mas grande y del mejor de los reyes. Embarcóse S. Luis, dejando la regencia á su madre, y arribó delante de Damietta. Impaciente por alcanzar la playa, arrojose al mar con agua hasta la cintura, marchó hacia el enemigo y su primera hazaña fue asaltar y tomar la ciudad (1249).

El sultan Malek-Saleh retrocedia ya; mas el ejército cristiano perdió un tiempo precioso en Damietta. Púsose por fin en marcha y llegó á *Mansurah* (la Masora). Vencedor Roberto de Artois de un cuerpo de caballería enemiga, se lanzó intrépidamente en su persecucion; mas vióse luego rodeado por todas las fuerzas de los Sarracenos y pereció antes que el ejército cristiano pudiese libertarle (1250). Este desastroso combate decidió del éxito de la campaña. Al valor de los caballeros oponian los Sarracenos el terrible fuego griego, á cuya vista, dice Joinville, hasta los mas valientes «doblaban la rodilla y pedian misericordia á nuestro Señor.» Al mismo tiempo los miasmas pestilenciales propagaban rápidamente en el ejército un contagio. Luis se decidió á retroceder, mas ya le cerraban la retirada la inundacion del Nilo y una armada musulmana. Los Sarracenos rodeaban y hostigaban sin cesar á los Franceses estenuados; era ya inútil el admirable sacrificio de los caballeros. El intrépido Gaucher de Chatillon defendió por sí solo la entrada de una aldea donde Luis se habia refugiado; mas cayó al fin erizado de flechas, y el rey, enfermo é incapaz de sostener la espada, tuvo que rendirse con mas de veinte mil hombres. Nece-

sario fue este revés para hacer brillar la heroica resignacion y toda la grandeza de ánimo del santo rey. Al-Mohad, sucesor de Malek-Saleh, ecsigió por su rescate á Damietta y mil besantes de oro: «Un rey de Francia no se rescata por dinero, contestó S. Luis; entregaré á Damietta por mi persona, y pagaré los mil besantes de oro por la libertad de mis súbditos.» El rey iba á ser puesto en libertad; mas una súbita revolucion prolongó sus pruebas para que ostentara todavía mas su noble carácter. Los Mamelucos creados por el sultan Malek-Saleh, que en poco tiempo se habian hecho terribles hasta á sus mismos señores, dieron muerte á Al-Mohad, y uno de ellos cubierto todavía con la sangre de su víctima, corrió á la tienda de S. Luis diciéndole: «Hazme caballero, ó eres muerto! —Hazte cristiano, y te haré caballero,» dijo S. Luis. Admirado el Bárbaro se retiró. En fin los Mamelucos devolvieron la libertad á S. Luis, despues de haberle hecho prometer que nada intentaria contra Jerusalem. Declaráronle por el cristiano mas orgulloso que jamás se hubiese visto; pero fue tambien el mas fiel á su palabra. Fuese á pasar cuatro años en Palestina, visitando los lugares habitados todavía por los cristianos, y reparando las fortificaciones de sus ciudades. Supo hacerse respetar del *Viejo de la Montaña*, gefe de una tribu de fanáticos, que fieles á todas las órdenes que de él recibian, mas de una vez habian degollado á los príncipes en medio de sus ejércitos. El puñal de los *Asesinos* (1) no atemorizó al gran rey: habló en tono amenazador, y el Viejo de la Montaña se apresuró á enviarle magníficos presentes, entre ellos una sortija y una camisa para solicitar su alianza y su amistad. En fin en 1264, la muerte de la reina Blanca llamó á S. Luis á Francia.

Su partida dejaba sin defensor á los cristianos de Oriente que se hallaban rodeados de enemigos. Los Mогоles al mando del fiero Hulagu, assolaban la parte occidental del Asia, y despues de haber destruido la secta de los *Asesinos* á instancias del califa de Bagdad, derribaron á este mismo califa. Los Musulmanes habian proclamado á uno

(1) *Asesino* viene de la palabra árabe *hachintohin*, nombre de una planta, con cuyo jugo, dicen, que el Viejo de la Montaña embriagaba á sus seides.

de sus gefes, Bibars Bondochar, asesino del sultan de Egipto. Este cruel enemigo de los cristianos invadió la Palestina, dando cruel muerte á todos los fieles que no querian abrazar el islamismo, y escribió al príncipe de Antioquia: « La muerte ha llegado por todos los caminos. Si hubieses visto á tus ginetes despedazados á los pies de los caballos, tus provincias saqueadas, las mugeres puestas en pública almoneda, los púlpitos y las cruces derribados, las ojas del Evangelio esparcidas al aire, el monge, el sacerdote y el diácono degollados, y los huesos de esos difuntos devorados por el fuego de la tierra, hubieras exclamado: Plujiera al cielo que yo me hubiese convertido en polvo! » Jamas se habia visto la Palestina agoviada con semejante desolacion. Al recibir noticias tan funestas, olvidando san Luis el mal éxito de su primera expedicion y pensando unicamente en la afliccion de la Iglesia, tomó la cruz, é hizo publicar la cruzada en todo el reino: mas un profundo silencio fué la respuesta á este llamamiento. San Luis partió no obstante arrastrado por la ambicion de su hermano Carlos de Anjou, rey de Nápoles, á quien solo movia en estas santas expediciones el deseo de hacer conquistas. Por sus interesados consejos san Luis se dirigió hácia la parte del Africa mas inmediata á la Sicilia.

Invitado el rey de Túnez á que se convirtiese el cristianismo contestó que iria á buscar el bautismo en el campo de batalla con cien mil hombres. Para principiar la guerra esperóse la llegada de Carlos de Anjou.

Entretanto se propagó en el ejército una enfermedad contagiosa; san Luis despues de haber prodigado sus cuidados á los que le rodeaban, cayó él mismo víctima del azote: murió como héroe y como santo el 25 de Agosto de 1270. Por fin llegó Carlos de Anjou; reanimó el valor de los cruzados, impuso condiciones de paz al rey de Túnez, y condujo á Europa los restos del ejército. El príncipe Eduardo de Inglaterra que habia tomado la cruz al mismo tiempo, fué solo á socorrer á los cristianos de Oriente, víctimas siempre de los ataques y persecuciones de los infieles; pero su expedicion no tuvo otro resultado que el de retardar la toma de San-Juan de Acre. Este último asilo de los cristianos del Asia, que habia quedado en pie en medio de tantas ruinas, cayó á los esfuerzos de doscientos mil Sarracenos (1291). Todo estaba perdido para

siempre; hasta las órdenes mismas de caballeria abandonaron el Asia. La de los templarios iba á ser destruida; los hospitalarios se trasladaron mas adelante, á la isla de Rodas; y los caballeros teutones se fijaron en el norte de Alemania, en un pais medio pagano, para combatir todavia contra los infieles.

§ VI. RESULTADOS GENERALES DE LAS CRUZADAS; POLITICOS, COMERCIALES, INDUSTRIALES, Y LITERARIOS.

La cristiandad no habia prodigado en vano sus tesoros y su gente en las guerras santas. Sacrificios tan inmensos recibieron en pago resultados incalculables, y los males que indispensablemente habian de acarrear esas grandes expediciones fueron cumplidamente recompensados por las ventajas que de ellas resultaron á la Europa entera.

Las cruzadas salvaron á la Europa de la invasion musulmana; este fue su beneficio inmediato. Su influencia se hizo sentir tambien de un modo menos directo, pero no menos útil. Las cruzadas habian sido predicadas por la religion católica, religion de igualdad: « Todos habian tomado parte en ellas, lo mismo el débil que el poderoso, el siervo que el baron, la muger que el hombre; las cruzadas acabaron de establecer la igualdad entre hombre y muger fundada por el cristianismo, » San Luis declaraba que no podia hacer cosa alguna sin el consentimiento de la reina, su señora. De las cruzadas data realmente la influencia de la muger, de ellas tomó origen la cortesania caballeresca, ese primer paso hácia la suavidad de las costumbres y hácia la civilizacion. Los pobres fueron tambien los hijos adoptivos de la caballeria cristiana de las cruzadas; para proteger á los pobres peregrinos fueron instituidas las célebres órdenes de la Palestina; los caballeros hospitalarios llamaban á los pobres sus señores. A la verdad muy necesario era recordar los principios de humildad y de caridad á los orgullosos barones de la edad media.

Estas ideas que germinaban en todos los corazones fueron las primeras que quebrantaron el duro despotismo del feudalismo, oponiéndole los generosos principios de la ca-

ballería que salió de las cruzadas empuñando las armas: «Alistado el caballero en las órdenes militares por un voto solemne y para defender los intereses de toda la cristiandad, se juzgó libre de toda dependencia feudal, elevado sobre todos los límites nacionales, como un guerrero y un servidor inmediato de Dios y de la cristiandad reunida.» (Schlegel) Fundada la caballería, no ya en la influencia territorial, sino en la distinción personal, su principal resultado había de ser el debilitar la nobleza, haciéndola accesible á todos, y estrechando de este modo los límites que separaban las clases de la sociedad. Cualquier guerrero de experimentado valor y bañado en la sangre de los infieles, podía arrodillarse ante el rey para recibir el abrazo de caballero, y levantarse igual y aun superior á los vasallos poderosos. El mas pobre caballero podía sentarse á la mesa del rey; mientras que no era admitido á ella el noble hijo de un duque ó de un príncipe, sino había merecido calzarse las espuelas de oro de la caballería. Por lo demás las cruzadas contribuyeron materialmente á la decadencia del feudalismo, poniendo en libertad á los siervos, hasta sin el consentimiento de sus señores; todo el que tomaba la cruz era libre desde el mismo momento.

Las comunidades, ó estado llano de los pueblos, cuyo desarrollo corresponde á la época de las cruzadas, se multiplicaron por medio de ellas; los señores, para obtener de las mismas hombres é intereses, les concedían cartas foreras y privilegios. Con las municipalidades y con el pueblo se encumbró el poder real y rebajó á la nobleza. El señorío real se acrecentó con muchos feudos que habían quedado vacantes al morir sus señores; el rey protegía á los comunes, favorecía su libertad, y se unía directamente con ellos contra los vasallos insubordinados. La extensión del poder real se dirigió desde luego á constituir la nación, estableciendo un principio de unidad, al paso que hasta entonces, bajo el dominio de la multitud de sus señores, en realidad no existía mas que una aglomeración de provincias extrañas las unas á las otras, faltas de un lazo de unión y de intereses comunes. Hasta los mismos vasallos prepotentes, reunidos muchas veces bajo la bandera real, en las expediciones lejanas, se acostumbraban á la

sumisión y á la disciplina, aprendiendo á reconocer una autoridad legítima. Al someterse á un poder superior tuvieron que ceder una parte de su poder personal, del que fueron indemnizados con las distinciones honoríficas de la caballería; que por otra parte todos, y en cualquier clase de la sociedad á que perteneciesen, podían ganar con sus hazañas.

No sólo entre los pueblos iban acrecentándose las tendencias hácia la unión de las distintas clases y poderes, sino que llegaron á establecerse entre las diferentes naciones relaciones de fraternidad totalmente desconocidas anteriormente, y se suavizó por todas partes la antipatía de las razas. Reunidos los caballeros para un objeto común, y espuestos juntos á unos mismos peligros, se separaban como hermanos de armas y conservaban relaciones de amistad jamás interrumpidas. Mitigóse el bárbaro derecho que autorizaba á todos los señores para contar entre sus siervos á todos los forasteros que se fijaban en sus dominios; habituáronse á no mirar al extranjero como enemigo, y conforme dicen las crónicas contemporáneas, «aunque separados los cruzados por la diferencia de idiomas, formaban al parecer un solo pueblo por su amor á Dios y al prójimo.» Refundiase la sociedad humana para ostentarse mas compacta; la Europa moderna empezaba á salir del dificultoso trabajo de su constitución.

La Europa fue también deudora á las cruzadas de un gran beneficio material, á consecuencia del rápido impulso que dieron á la industria y al comercio. La pujanza marítima de Venecia, Génova y Pisa, se desplegó en medio de esas grandes expediciones que acrecentaban su riqueza. El resto de Europa siguió este movimiento, y se formó la liga Anseática (V. cap. XIII, §. II) entre las ciudades de Alemania para hacer el comercio del Norte. Desde entonces toda la Europa pudo aprovecharse de las producciones de las comarcas lejanas; recogió plantas preciosas para la agricultura y la medicina; la caña de azúcar, el maíz, el moral fueron importados en aquella época; las ciudades manufactureras procuraron imitar el tejido de las telas del Asia, el excelente temple de sus armas y sus diversos procedimientos industriales. Las relaciones que se abrieron entre los pueblos, y el cambio mutuo

de conocimientos, contribuyeron poderosamente á la propagacion de las luces; dejáronse ver en Francia embajadores mogoles, y se intentó establecer en Paris un curso de lengua tártara; la poesía se levantó de punto con los ensayos de los trovadores, intérpretes entusiastas de las maravillosas hazañas de la cruzada; las ciencias médicas y matemáticas se aprovecharon de los descubrimientos de los Arabes, y la geografía recogió nociones mas exactas acerca de las naciones hasta entonces casi desconocidas. La Iglesia principalmente sacó su fruto de la inmensa influencia que le prestaron las cruzadas, de las cuales era la Santa-Sede el motor y el vínculo de union. Multiplicó los monasterios, y las corporaciones religiosas, asilos voluntarios de la debilidad y del infortunio, preciosos retiros del talento, muchos de los cuales se dedicaron al alivio de todas las miserias, ó bien fueron los depositarios de los humanos conocimientos, que conservaron y transmitieron á la posteridad.

## CAPITULO XIII.

ALEMANIA DESDE EL SIGLO DÉCIMOTERCIO AL DÉCIMOCUARTO.

## SUMARIO.

- § I.—Estado de la Alemania á la muerte de Federico II.—Largo interregno.—Rodolfo de Habsburgo.—Principios de la casa de Austria.—Decadencia del poder imperial despues de la muerte de Rodolfo.—Adolfo de Nasau.—Alberto I de Austria.—Insurreccion de la Helvecia.—Enrique VII de Luxemburgo. Expedicion á Italia.—Federico el Hermoso de Austria.—Luis de Baviera, quien es excomulgado por el papa.—Revolta de Carlos de Bohemia.—Corrupcion y debilidad del gobierno.—Disminucion de los dominios del imperio.—Wenceslao. Su deposicion.—Roberto III de Baviera.—Segismundo de Luxemburgo.—Juan Huss.—Turbulencias religiosas y políticas.—Alberto II de Austria.—Federico III.
- § II.—Constitucion del imperio en el siglo décimotercio.—Los electores.—Asociacion de ciudades.—Ligas Anseática, Rhenana, etc.—Pragmática de Francfort.—Bula de oro.—Vanos esfuerzos del emperador para restablecer la paz pública.—Dieta de Nuremberg.
- § III.—Opresion de la Helvecia.—Conjuracion de Rutli.—Guillermo Tell.—Formacion de la liga helvética.—Guerra contra Alberto I.—Batalla de Morgarten.—Progresos de la Confederacion suiza.—Batalla de Sempach.—Heróico sacrificio de Winkelried.—Tregua de Zurich.
- § I.—HISTORIA DE ALEMANIA DESDE LA MUERTE DE FEDERICO II HASTA LA CORONACION DE FEDERICO III.

Despues de la muerte de Federico II (1250) principió un período de disolucion. La prolongada lucha del sacerdocio y del imperio habia roto enteramente la armonia entre los estados alemanes. Divididos los pueblos por espacio de tantos años por incesantes querellas, se separaban unos de otros y recobraban su independenciam. La guerra estaba en todas partes. «Las rejas de los arados fueron convertidas en cuchillas, dice un antiguo historiador, las hoces en lanzas. Nadie iba desprovisto de pedernal y eslabon á fin de poder incendiar lo que le plugiese.» Pare-